

todavía? ¿No tienes confianza en mí? Tú sabes que te amo, y que sufro horriblemente viéndote desgraciada. Vamos, hija mía de mi alma: dime todo. ¿Qué te pasa?

Edmea se puso lívida, brillaron las lágrimas en sus ojos, su corazón sintió un dolor como si se retorciera dentro del pecho, pero respondió con firmeza:

—No me pasa nada, madre mía. No se atormente Ud. Si algo hubiera, se lo diría.

—¿Pero no comprendes, hija, que más me alarmas procurando tranquilizarme?... Tus palabras no pueden calmar mi angustia. Vamos, ¡por Dios! háblame francamente... te lo suplico, te lo mando... ¿Vas á desobedecerme?

Edmea abrazó á la pobre mujer, la prodigó las más tiernas caricias, pero no habló. Quería callar hasta que le fuese imposible guardar silencio, y sostenida por una fuerza extraordinaria de voluntad, cumplía firmemente lo que se había propuesto.

La comida pasó como de costumbre. Fernando charló con una fingida animación, que era muy penosa de oír, sobre todo para Edmea. Después se marchó á fumar, y la Baronesa y su hija subieron á sus habitaciones respectivas.

Eran las nueve. El cielo, que había amena-

zando todo el día, lleno de nubes grises, bajas y pesadas, blanqueó, y empezó á descargar nieve sobre la tierra. Un silencio profundo reinaba en la noche, y los copos blancos, que ni un soplo de aire movía, caían rectos, apretados y lúgubres, como si se apresuraran á cubrir la tierra con un inmenso sudario.

Después de haber dado, según costumbre, alguna vuelta por la habitación, yendo de la chimenea á la ventana y de la ventana á la chimenea, la Baronesa se sentó, cogió una novela que había empezado á leer, y quiso continuar leyendo. Se acostaba muy tarde, porque la infeliz no podía dormir. Pocas páginas había leído, cuando dejó caer el libro sobre sus rodillas, y fijando sus ojos en el fuego que brillaba rojo en la chimenea, quedó absorta en una profunda meditación.

El tic-tac de la péndola la acompañaba con su ruido monotonó, mientras que sobre la arboleda del parque la nieve caía lenta y activa. Recordaba que cuando niña, Edmea gustaba mucho de correr sobre la alfombra de nieve, diciendo que la nieve era su amiga. Y en aquel placer de niña, su hija se tendía donde más nieve había, lo mismo que un lobatillo recién nacido. Billet le había hecho una especie de trineo, forrado de pieles de zorros, y, horas en-

teras, el salvaje guarda, sudando, tiraba del trineo para divertir á su querida señorita. Frecuentemente, el trineo volcaba en una zanja, y entonces las risotadas de la niña sonaban como cohetes. Regina las oía distintamente, y suspiraba con el corazón oprimido.

Después la nieve desaparecía, y volvía el parque á mostrar su espesa verdura. La señorita de Croix-Mort ya no era niña. Paseaba seria y grave, y de pronto tenía accesos de loca alegría. La madre pensaba que un día sería preciso casarla. Y justamente un joven elegante se presentaba, sonriendo, ostentando una preciosa barba de oro. Era Fernando el apuesto desconocido. ¿Regina no se preocupaba del porvenir de su hija?... ¿Aquel bizarro y galán vecino, no le traía allí la Providencia? Y ella, como madre previsora y discreta, preparaba la realización de su pensamiento. Aproximaba poco á poco á los dos jóvenes, invitaba de vez en cuando á Fernando, y con ojos vigilantes le seguía, mientras él paseaba con Edmea por la terraza... ¡Qué porvenir tan dichoso le preparaba su unión! Niños que correrían á su alrededor, con las mejillas rosadas, los cabellos rubios, charlando y riendo... Abuela todavía hermosa, ¡con qué orgullo los pasearía, halagándole la idea de que pudieran las gentes

creer que eran sus hijos, y ufana, pudiendo decir: "No, no, son de mi hija, y yo soy su abuela, su abuelita!,"...

De pronto la decoración cambiaba otra vez, y aparecía el salón del castillo de Croix-Mort. Los mismos personajes estaban en él reunidos: ella, Edmea y Fernando; pero violentos, fríos, hostiles, evitando mirarse y sin hablarse nunca. Nada de intimidad, nada de ternura, ningún niño, encanto y alegría del hogar. La realidad desnuda, vista en todo su horror; un marido cansado del matrimonio, y sacudiendo violentamente su cadena; una mujer secretamente martirizada, y sufriendo sin quejarse; una hija furiosa, devorada por un odio inexplicable. Esto era la realidad, lo que ella había hecho en su locura, lo que lloraba amargamente, y jamás podría reparar.

Lloró en la soledad de su habitación, y luego, poco á poco, se calmó, y cayó en una especie de sopor.

Era media noche cuando despertó sobresaltada, bajo una violenta impresión de terror. Su lámpara se extinguía, y el fuego se apagaba en la chimenea. Escuchó ansiosamente, y oyó una queja, un largo suspiro, leve ruido de pasos en la galería que conducía á la habitación de su hija. Estuvo atenta, y no oyó más.

Ideas que jamás le habían ocurrido, turbaron su espíritu. Concibió súbitas, horribles sospechas, tuvo dudas que quiso aclarar inmediatamente. Y sin luz, procurando no hacer ruido, abrió la puerta, y salió. Reinaba obscuridad completa. Anduvo á tientas, silenciosa y escuchando. Había recorrido más de la mitad de la galería, cuando, al acercarse delante de la puerta de Edmea, una sombra que parecía arrodillada, se levantó y desapareció. La Baronesa se detuvo temblando. ¿Qué significaba aquello? quería seguir más adelante, pero temía darse á conocer hablando y llamando. Pero era preciso que entrara en el cuarto de su hija. Allí estaba el misterio; ella lo adivinaba antes, y ya tenía la completa certidumbre.

Súbitamente retrocedió. Había un medio de llegar á la habitación de Edmea sin que nadie lo pudiera notar. En la fachada del primer piso había un balcón largo, de un lado á otro. La Baronesa volvió á su cuarto, se envolvió en un mantón, abrió sus vidrieras, y, andando sobre la nieve, ya espesa, llegó á la ventana del cuarto de Edmea. Vió la habitación debilmente iluminada, y una forma confusa, en pie, delante de la chimenea. Tocó con el dedo en el cristal, sin obtener respuesta. Volvió á llamar, pero más fuerte.

La figura que había visto corrió como loca y aterrorizada.

Entonces se apoderó de Regina el ansia de terminar la aventura; y moviendo violentamente la vidriera, gritó:

—¡Edmea!... Soy yo... ¡Abre, abre!

Con los esfuerzos que hacia se rompió un cristal, cayendo sin ruido sobre la alfombra... Pasó la mano por el hueco del cristal, abrió, y entró vivamente. Un grito desgarrador de angustia se oyó en la habitación:

—¡Madre! ¡Socorro!... ¡Madre mía!...

Y la señora de Croix-Mort, con los ojos llenos de espanto, apareció delante de Regina.

Las dos mujeres se miraron sin aliento una y otra. En fin, Edmea recobró un poco de sangre fría, llevó su mano á la frente para secar su helado sudor, y murmuró:

—¡Ah! ¿Era Ud., madre mía?...

—Sí, yo; y tú me llamabas..., y te has asustado viéndome...

—No esperaba que Ud. viniera por el balcón. He tenido miedo... ¿No es natural?...

—No; porque tú gritabas: "¡Socorro!", ¿Contra quién pedías socorro?

Contrájose el semblante de Edmea, inclinó la cabeza, y se sentó sin contestar.

—¡Siempre ese mutismo!—exclamó la Baro-

nesa con cólera.—¿Tú te ocultas de mí?... ¿Tú disimulas?... Pues estáo quiere decir, hija, que tú eres culpable.

La joven, al oír estas palabras, se irguió. En sus ojos brilló una llama de indignación, y asiendo á su madre con violencia por el brazo, e dijo:

—¿Ud. sospecha de mí?... ¡De mí, madre, de mí!... Pues bien: puesto que Ud. lo quiere saber todo..., no hable Ud., espere Ud., y lo sabrá.

Estuviéronse quietas, en pie, silenciosas, evitando mirarse, como si temieran leer sus impresiones en sus rostros. Pasó largo tiempo, y después, en la galería, se oyó leve ruido de pasos: el que venía se detuvo delante de la puerta, exhalando suspiros: “¡Edmea! ¡Edmea!”, decía con voz de incomparable angustia.

Las dos mujeres escuchaban; la una, que ya nada temía, con profunda tristeza; y la otra con estupor. La madre miró á su hija como pidiéndole explicaciones. La hija, sin hablar, abrió la puerta de su gabinete de vestir, y señaló una silla colocada debajo de una ventanilla estrecha y bastante alta que caía sobre la galería. La Baronesa subió ligera á la silla, miró con ansiosa curiosidad, y ahogó un grito. En el desventurado que á la puerta del aposento virginal suspi-

raba y llamaba gimiendo, había reconocido á su marido.

Todo esto fué luminoso y rápido como un relámpago. Recordó todos los dolorosos incidentes de las últimas semanas. Comprendió lo que le parecía inexplicable, y el suplicio que su hija sufría heroicamente, sin una queja, sin un suspiro; y abrumada por tanta generosidad, se inclinó como si fuera á arrodillarse, diciendo en voz baja á su hija con desesperación:

—¡Perdón, hija mía; perdona á tu madre desdichada!

Edmea levantó á su madre, la abrazó con efusión, y las dos estuvieron como petrificadas, sin llorar, sin moverse, poseídas de horror.

Era un cuadro fantástico aquella habitación apenas iluminada, cuya ventana entreabierta dejaba entrar la nieve glacial, y en medio de la que las dos mujeres estaban abrazadas, como queriendo defenderse mutuamente del infortunio. La madre recobró la primera el sentimiento de la realidad; se desprendió de los brazos de su hija, y en voz baja le dijo:

—Demasiado has sufrido tú ya, pobre hija mía... Ahora yo. Déjame hacer, y no temas nada. Vete por donde yo he venido. Enciértrate en mi cuarto, y no abras á nadie más que á mí.

La llevó al balcón, y luego se dirigió con paso firme á la puerta de entrada. Descorrió los cerrojos, dió vuelta á la llave, y salió á la galería. Oyose una sorda exclamación, seguida instantáneamente de voces irritadas y violentas que se alejaban. Después, todo quedó en silencio.

Edmea, fatigada como si hubiera estado empeñada en una lucha terrible, latiéndole violentamente las sienes y el corazón, se dirigió al cuarto de su madre, y entró por el balcón, que estaba entreabierto; y, no pudiendo ya sostenerse en pie, cayó sobre el sofá sin fuerzas y sin conocimiento.

¿Cuánto tiempo estuvo sumida en un sopor que le pareció reparador? No lo hubiera podido decir. La voz de su madre que la llamaba la hizo salir de su postración. Se levantó vacilante, fué á abrir la puerta, y volvió á sentarse, sin preguntar nada á su madre.

La Baronesa, muy pálida, pero firme y resuelta, se acercó á ella, y con la angustia en el rostro, le dijo:

—Partirá mañana, y no le volverás á ver.

Y con una emoción que no pudo dominar, hablando y llorando á la vez, continuó:

—¡Oh criatura estúpida y funesta, mala madre!... Todo lo que tú sufres, yo, yo he sido

quien te lo ha hecho sufrir. ¿Cómo he de obtener que tú me perdones jamás? Porque yo, yo sólo soy responsable de las pruebas á que te ha sometido ese hombre, ese miserable, que ha traído la infamia á mi casa... Á ese hombre, yo soy quien le ha traído aquí. ¡Y te he sacrificado por él; he cometido la locura de creer que tenía el derecho de volver á empezar á vivir, cuando todo mi porvenir, el solo honrado y bueno, le tenía en tí, hija de mi corazón! Dios es quien me castiga, muy cruelmente, pero con justicia. Y ahora, ¿qué va á ser de mí, abrumada bajo la pesadumbre de este remordimiento, devorado el corazón por el temor de que tú no puedas olvidar mis faltas?

Se ahogaba, sufriendo una crisis nerviosa, que estremecía todos sus miembros. Edmea tuvo que calmarla; que consolarla, ella, la víctima; pero vió toda la flaqueza de aquella pobre alma; le agradeció la energía de que al fin había dado prueba, volviendo á ser madre en aquel momento supremo y reuniendo todas sus fuerzas para defender á su hija. Por este instante de valor le perdonó todos los tormentos que le había hecho sufrir. Le prometió consagrar su vida entera á consolarla y á devolverle la paz del espíritu. Oyendo sus sollozos, meciéndola en sus brazos como una niña, consiguió dormirla,

y cayó ella misma, apoyando la cabeza en un almohadón empapado en lágrimas de la madre, y postrada por el cansancio y la emoción. Despertáronse ambas oyendo el ruido de un coche en el patio. Corrieron el balcón, y en la débil y amarillenta claridad de una mañana de invierno, vieron al Barón bajar por la escalinata. Volvióse á mirar la fachada del edificio, puso una maleta que llevaba en la mano en el pescante de la berlina, y montó en ésta. Una ráfaga de aire levantó una nube de nieve, y cuando el horizonte se iluminaba, el que les había hecho tanto daño había desaparecido.

Los primeros días que siguieron á la partida del Barón parecieron deliciosos á Edmea. Recobró la calma y la seguridad. Sus exigencias respecto de su destino no eran excesivas; sólo quería tener el derecho de vivir tranquila. No deseaba siquiera ser dichosa; no creía que esto fuera posible. Con melancolía se decía que hay seres que nacen destinados á sufrir, como otros á gozar, y su ambición se limitaba á obtener el reposo.

Su madre, que, sostenida por los nervios, se había mostrado un momento firme y valiente, no tardó en caer en el más profundo abatimiento. Estaba postrada moral y físicamente. No bajaba ya de su habitación, y permanecía horas

enteras tendida en la butaca, con los ojos fijos, pensando en sus penas. No se atrevía á decir nada, pero su hija leía en sus ojos el amargo recuerdo de la vida pasada. En una especie de sueño, favorable á la fantasía, evocaba los recuerdos de las fiestas, y sonaban en sus oídos los compases del baile. ¿Quién sabe? Quizá sentía no tener á su lado al hombre fatal, al hermoso Fernando, el de la barba de oro, que ella había amado, aunque le era infiel, como si experimentase una secreta satisfacción de orgullo viéndole triunfar siempre en el amor.

Una tarde, al volver de paseo, Edmea entró en el cuarto de su madre, y vió que tenía los ojos encendidos. La preguntó cariñosamente, pero no obtuvo más que respuestas vagas. Edmea insistió. Y entonces, llorando, la pobre mujer confesó que había recibido una carta de su marido. Estaba desolado, enfermo, y suplicaba indulgencia. La vida le parecía imposible... No sabía qué hacer... Todo lo que había desconocido y ultrajado, sentía haberlo perdido... Y la cuitada lloraba, enternecida por las lamentaciones del desterrado. Edmea, muy sombría, dió algunos pasos sin hablar, y luego, deteniéndose delante de su madre, con amarga ironía y áspera voz, la dijo:

—Pues bien, madre; vaya Ud. á reunirse con él, si le hace á Ud. falta...

Se arrepintió instantáneamente de su vivacidad. Su madre, indignada, protestó. Nunca se separaría de su hija. Nada había de común ya entre ella y aquel desdichado. Sin embargo, al mismo tiempo que le condenaba, no podía menos de compadecerle. Y su rigor no excluía la piedad.

Después de este incidente, la joven experimentó secretas inquietudes. Temió que su madre fuera debil un día; quizá el tiempo completaría la obra de perdón ya comenzada... Pero, sucediera lo que sucediera, para ella ninguna transacción podía ser aceptable, y tomó la resolución de desaparecer ella para siempre, el día que Fernando reapareciera en Croix-Mort.

XIV

Después de la escena violenta que había precedido á su partida, Fernando quedó en un estado que no puede explicarse. Los nervios sobreexcitados, el cerebro exaltado, pasó el resto de la noche pensando como un loco, queriendo reflexionar y no pudiendo fijar sus pensamientos, que se agitaban en su mente como hojas llevadas por el aire de la tormenta.

Batallaba entre la vergüenza de haber sido descubierto y la ira de sentirse dominado. Había bajado la cabeza bajo las sangrientas inculpaciones que le dirigía aquella mujer que él consideraba tan debil y tan vana. El que á todo se atrevía, el tirano, que no conocía otra ley que su capricho, había quedado sin fuerza, sin resistencia, ante un pobre ser despreciado, súbitamente fortalecido por el sentimiento del deber. La virtud, la moral, palabras que le hacían reír, le habían paralizado, á él, el cini-